

III

EL DERRUMBE DE UN COLOSO ESTATAL (CHILE, 1910)¹

Gabriel Salazar

Mitología y Estado

Cuando para provocar el nacimiento de un Estado se niega y se mata a los padres legítimos (la soberanía ciudadana), entonces ese Estado, para vivir, quedará obligado a fabricar su legitimidad, a mentir su origen, a magnificar lo que pretende o aparenta ser. Y por ende, a mitologizarse a sí mismo. Lo que implica, por supuesto, heroificar a los sicarios que perpetraron el asesinato de la paternidad soberana. Pero ninguna de esas ‘obligaciones’ es políticamente limpia, porque ninguna es un acto de transparencia, un resplandor de verdades o un diálogo entre amigos, sino un tortuoso juego de biombo y un crepitar de humos fatuos destinados a tapar lo que no puede mostrarse. A olvidar lo que no puede recordarse. Y esto es, exactamente, lo que los actuales sociólogos del Estado llaman “*política de legitimación tardía*”.

Por eso, cuando un Estado va por la historia sobrecargado de mitos, plagado de estatuas rampantes, convertido en un jurásico coloso estatal, es conveniente entrar en sospecha. Y obligatorio mirar radiológicamente bajo su piel. Es como todo ciudadano chileno debería mirar el colosal Estado construido entre 1829 y 1833 por los vencedores en la sangrienta batalla de Lircay (cuando un ejército mercenario improvisado por el patriciado mercantil santiaguino derrotó al ejército ciudadano que había ganado la guerra de la Independencia). Ese coloso político ha sido sacralizado como un modelo arquetípico y un ejemplo cívico sin parangón en América Latina. Como prototipo cenital de orden público, de respeto a la ley, de probidad gubernamental, de capacidad para desarrollar la economía del país, etc. Razón por la que se le ha esculpido en bronce como un helénico Carro Alegórico que lleva, como alado centauro, al astuto mercader-ministro Diego Portales, como antorcha olímpica las rojas espadas de los generales Joaquín Prieto y Manuel Bulnes, como guía délfica la pluma impoluta de Andrés Bello, las bolsas millonarias de Agustín Edwards Ossandón y Matías Cousiño, las togas poco amigas de Manuel Montt y Antonio Varas, etc.

Y detrás, en procesión devota y creyente, un tropel de historiadores oficiosos: Diego Barros Arana, Rafael Sotomayor Valdés, Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards Vives, Jaime Eyzaguirre, Gonzalo Vial Correa, etc. Todos, sin excepción, polifónicamente, cantando loas y letanías. Estribillos patrióticos. Grandezas del pasado. Moralejas para niños. Y más atrás, murgas y comparsas de políticos en boga, entonando la misma versaina mitológica – sin equivocarse ni una vez –, sólo que a toda voz (para que escuchen los sufragantes), porque necesitan presentarse como legítimos herederos de todos los laureles de la Patria. Y al final, a tropezones, uno que otro dictadorzuelo balbuceante, con sus dedos (ya que no sus espadas) ensangrentados.

¹ Publicado en *La Nación Domingo*, semana 20 al 26 de diciembre de 2009, pp. 42-43.

Sin duda, es cívicamente saludable develar lo que oculta bajo su bronce ese tropel

¿Qué había, entre 1830 y 1850, detrás del humo fatuo de la mitología?

Si se destapan los broncees y se acerca la mirada histórico-social, aparecen, en sucesión, oscuras escenas de sótano y bambalina. Cuadros sombríos, de traición, rabia y sepulcro. El traspatio tenebroso de los héroes. La tragicomedia de la Patria. Enuméreselas:

- 1) Diego Portales ganando mañosamente para su compañía mercantil el monopolio nacional del tabaco, destruyendo con apoyo armado el gremio completo de los “plantadores”, los “sigarreros” (fabricantes de cigarros) y los “estanquilleros” (vendedores minoristas) de esos productos. Fallando en el compromiso de pagar la deuda externa contraída en Londres por O’Higgins. Quebrando en toda regla. Forzando al Estado a resarcir la pérdidas de su compañía quebrada. Atrayéndose la ira general de los liberales y de la clase artesanal y popular².
- 2) El mismo mercader reuniendo fondos para comprar la conciencia del retirado general Prieto y de su primo hermano Manuel Bulnes, a objeto de organizar un ejército mercenario y dar un golpe de Estado contra los gobiernos democrático-liberales de los generales Ramón Freire y Francisco Antonio Pinto.
- 3) El general Prieto tendiendo una trampa a los oficiales del Ejército vencedor en la batalla de Ochagavía, traicionando el armisticio que él mismo forzó, asaltando la capital, ordenando matar a hachazos a los oficiales prisioneros en Lircay.
- 4) El ministro Portales dando de baja sin pensión a toda la oficialidad mayor del ejército ciudadano que conquistó la Independencia, dejándoles en exclusión y miseria. Intentando fusilar al general Freire. Deportándolo al no poder fusilarlo.
- 5) El ministro Portales diseñando jaulas de hierro para encerrar a los presidiarios (peones y rotos) que repararían el camino Santiago-Valparaíso (el del comercio). Los mercaderes extranjeros condenando asqueados esa política.
- 6) El ministro Portales (respaldados por los generales Prieto y Bulnes) ordenando fusilar opositores en el norte y en el sur del país. Provocando la histeria general del vecindario de Curicó por el fusilamiento de numerosos jóvenes opositores al régimen³.
- 7) El ministro Mariano Egaña redactando obsecuentemente “leyes secretas”, para permitir a Portales actuar ‘ejecutivamente’ contra sus opositores.
- 8) Emergencia de múltiples motines y sublevaciones (al menos siete entre 1830 y 1837) de artesanos, milicianos y militares contra el régimen dictatorial instalado desde Lircay. El último de ellos (de la guarnición estacionada en Quillota), terminó con el fusilamiento de Portales. Todos los oficiales de los regimientos amotinados, en un documento público, señalaron que lo hacían en función de su fe democrática y su rechazo a la tiranía.
- 9) Los oficiales demócratas que se rebelaron en Quillota fueron descuartizados salvajemente, colocándose sus brazos, piernas y cabezas en la punta de grandes picas, para escarnio de los pueblos. Han sido presentados a la posteridad no como luchadores por la libertad, sino como ejemplos de traición y felonía.

² El detalle de esta operación en G.Salazar: *Mercaderes, empresarios y capitalistas. Chile, siglo XIX* (Santiago, 2009. Editorial Sudamericana), pp. 253-295.

³ Sobre estos fusilamientos: G.Salazar: *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837* (Santiago, 2006. Editorial Sudamericana), pp. 381-403.

- 10) El gobierno de Joaquín Prieto implementando una guerra impopular contra la Confederación Perú-Boliviana, para conquistar un mercado virreinal que nunca se había podido controlar durante la colonia. La victoria de Yungay aseguró para Chile ese mercado, pero cuando ya no valía nada, mientras el enorme mercado del Pacífico, descuidado por esa campaña, cayó bajo poder de los ingleses (con la ayuda de O'Higgins y de los propios mercaderes chilenos)
- 11) Los mercaderes extranjeros invadiendo el país y dominando todo el comercio exterior (cabotaje, exportaciones de cobre, plata, trigo y harinas, importaciones de todo tipo). Provocando con eso el vaciamiento total del sistema monetario nacional (basado en monedas de oro y plata), induciendo a los patrones a pagar a sus trabajadores en abusivas fichas de cuero o papel.
- 12) Aparición de masivas hambrunas a lo largo del país, sobre todo a fines de la década de 1830. Miles de hombres, mujeres y niños muriendo de hambre en las calles de la ciudad, en los cerros, en las playas. Mientras los hacendados y mercaderes ganaban millones exportando trigo, harina, cueros, sebo, ganado⁴.
- 13) Proliferación de bandas peonales asaltando haciendas, saqueando pueblos y ciudades, en compensación por la falta de trabajo remunerado en las haciendas, minas y ciudades (no había desarrollo industrial). Al interior de Chillán y en los cordones transversales surgieron nidos de bandoleros, que la policía de entonces no pudo nunca exterminar.
- 14) La ira social creciendo por abajo, en todas partes. A punto de explotar.

¿Y qué había bajo el bronce entre 1848 y 1910?

Al principio, explosiones sociales. Estallidos políticos. Combates fratricidas. Rebelión armada de las provincias productoras contra el autoritario centralismo mercantil de Santiago. Alianza entre empresarios mineros, peones y artesanos en el norte, y entre cosecheros, artesanos e indígenas en el sur. Igualitarios contra la tiranía, guerras civiles, batallas sangrientas, entre 1848 y 1859. Chile entero en erupción contra la tiranía autocrática y filo-inglesa de Manuel Montt (desde 1832, el régimen mercantil de Santiago había firmado siete tratados de libre comercio con las grandes potencias industriales del Norte). Sin embargo, una vez más, el ejército de la capital derrotó a las tropas ciudadanas de las clases productoras de provincia.

Después del incendio, las elites empresariales regionales, doblegadas, vencidas, temerosas incluso de sus peligrosos aliados populares, emigraron a Santiago. Intentaron – y lograron – entrar al Congreso Nacional, hasta allí monopolizado por los pelucones. Era el año 1862. El Presidente José Joaquín Prieto, bonachón, anunció la aparición de la “fusión liberal-conservadora”. Los enemigos de ayer se hermanaban, se reconciliaban, se amaban, y bebieron champagne francés en los salones del flamante Club de la Unión, fundado expresamente para eso. Luego, al unísono, levantaron palacios mercantiles aquí y allí. En las calles Dieciocho, Ejército, Alameda, Almirante Latorre, Cienfuegos, etc. Y aquí y allí, en sus salones afrancesados, decidieron convertir Santiago en otro París. Y transformaron el cerro Huelén en el Pequeño Trianon santiaguino. Y expulsaron sin asco de la “ciudad culta” a los rotos de la “ciudad bárbara”, tarea sucia que encargaron al intendente (liberal) Benjamín Vicuña Mackenna.

⁴ Sobre estas hambrunas: G.Salazar: *Labradores, peones y proletarios (Chile, siglo XIX)* (Santiago, 1985. Editorial SUR), pp. 131-144.

Señoras y señores: había nacido la elegante oligarquía chilena. ‘Las elites unidas – oraban entonces – jamás serán vencidas’. Y celebraron una tertulia tras otra. Se iluminaron los palacios, y fue entonces cuando sus mujeres se convirtieron en “reinas de salón”. Hábito social que los obligó a todos – para inspirarse – a viajar periódicamente a París, a nutrirse de modernidad, ilustración, libertad, arte. Y sobre todo, de ópera. Era la arcadia suprema del coloso estatal portaliano. Chile triunfante, mirándose en los espejos de Versalles. O en los del Barrio Latino. Aristocracia pura, caballeros⁵.

Pero, quien siembra, cosecha. En la década de 1870 se agotaron los minerales de cobre de alta ley. El peso chileno – basado sobre todo en la plata – perdió en poco tiempo la mitad de su valor de cambio al producirse la desmonetización mundial de ese metal, decretada por Inglaterra y Alemania. Aun para la misma ‘aristocracia’, las monedas de oro – controladas por las casas comerciales extranjeras – se volvieron escasas. El precio mundial del trigo inició un descenso a largo plazo. La mecanización de las faenas productivas se detuvo. La romería a París, también. Fue necesario de nuevo contratar inquilinos, explotar peones, reducir salarios, ocupar la fuerza de trabajo femenina y aun la de los niños, mientras silbaba sobre ellos el látigo emplomado de la inflación. Y hacia 1885, la oligarquía descubrió con espanto que su cuota de ganancia se estaba secando sin remedio, mientras las compañías comerciales extranjeras controlaban desde arriba la economía del país. Y lo curioso fue que el Estado, en medio de esa crisis, comenzó a llenarse de oro al aplicar un impuesto pagadero en ese metal a las exportaciones de salitre, y al contratar empréstitos en la banca extranjera. Y, claro, pensaron: ¿por qué el Estado Portaliano se enriquece y la Oligarquía Portaliana no? ¿No era conyugalmente justo que el oro del uno se derramara también en los famélicos bolsillos de la otra? ¿Por qué no? ¿No era la oligarquía refundida la dueña exclusiva del Estado? ¿Quién se opondría a ese acto supremo de justicia doméstica?

Para sorpresa de todos, hubo alguien que se opuso: el ‘liberal’ José Manuel Balmaceda. Ocurrió que este político – que tenía más sentido de nación que otros – pensó que el dinero del Estado era de todos los chilenos, y que no era justo que ese dinero fuera administrado por los bancos privados (oligárquicos), que, obviamente, especulaban y lucraban con él. Porque, en ese tiempo, no existía ni un Banco Central ni un Banco del Estado. Balmaceda pensó que, en el interés nacional, era indispensable crear un Banco del Estado, cortando así la espita que trasvasijaba el áureo líquido estatal en las sedientas gargantas de los banqueros chilenos. Ocurría que casi el 60 % de los diputados tenían intereses bancarios, mientras el 80 % de los senadores eran directores o grandes accionistas de las sociedades bancarias. Pues, ante el grave deterioro de su renta ‘productiva’, la oligarquía chilena se volcó ansiosamente a la ‘especulación’ bursátil y bancaria. O sea: a ordeñar el Estado. Por eso, cuando Balmaceda elaboró un proyecto de ley para crear un Banco del Estado, la oligarquía bancaria en pleno – y por tanto el Congreso Nacional en masa – se alzó contra Balmaceda. Sin importar si eran liberales o no. Y tomaron las armas. Y provocaron una sangrienta guerra civil. Y murieron, otra vez, miles de rotos (pues, cuando en Chile pelean los ricos, mueren los pobres).

Naturalmente, los historiadores oficiosos han declamado a coro que la guerra civil se debió a un impasse técnico entre el Ejecutivo y el Legislativo, al violar Balmaceda la Constitución cuando retrasó el envío de la Ley de Presupuestos... ¡Pamplinas!

⁵ Ver de Manuel Vicuña: *La belle époque chilena* (Santiago, 2001. Editorial Sudamericana), passim.

Y de nuevo, como en 1829, el ejército mercenario de los mercaderes (ahora banqueros) venció en 1891 al ejército constitucional de la Nación. Horrorizado por lo que eso significaba, Balmaceda, político honesto, se suicidó.

Eliminado el obstáculo, la oligarquía se apropió del Estado en profundidad. Para todos los efectos. Y lo defendió contra cualquiera que se opusiera a ello, sobre todo, contra los trabajadores y los rotos. Solícito, el Ejército Mercantil masacró a la clase popular en 1890, 1903, 1905, 1906, 1907, 1919, 1921, 1924... Impotente, la clase popular entró en putrefacción progresiva en la pocilga de los conventillos. Alcohólica, prostituida, raquítica, sifilítica, tísica. Y, claro, pronto alcanzó la tasa de mortalidad infantil más alta del mundo. Y la Hacienda Pública, saqueada, sin impuestos directos que la nutrieran, sin recursos (el salitre entró en crisis), cayó en bancarota en 1922. Y no pudo pagar los sueldos de los profesores y, sobre todo, de la oficialidad del Ejército...

El coloso moribundo

El coloso estatal levantado a hachazos y fusilazos entre 1829 y 1833 llegó pues a 1910 disparando todavía en todas direcciones. Mejor dicho, disparando contra los mismos de siempre: productores, trabajadores, demócratas, socialistas, anarquistas... Trayendo en su vientre el resquemor de cinco guerras civiles y catorce matanzas de adversarios políticos. Con su sangre económica infestada por más de cien compañías comerciales extranjeras que controlaban, sin excepción, todos sus glóbulos rojos. Con treinta bancos nacionales ensartados como sanguijuelas en el Erario Nacional. Con las Fuerzas Armadas de la Nación en formación de batalla contra el bajo pueblo. Con una oligarquía desempresarializada y parlamentarizada hundida en el fondo del desprestigio. Con miles de conventillos hirviendo en pobreza, tifus, disentería, etc. mientras sus dueños (los "rentistas urbanos") llenaban sus sucias billeteras en un inútil afán de siutiquería. Y todo sostenido, únicamente, sobre la punta de las bayonetas...

Bajo sus descoloridos bronce, el coloso estatal de 1833 llegó a 1910 corroído hasta el alma por un cáncer social, político, cultural y económico. O sea: moribundo.

¿Qué debía hacer la ciudadanía ante un coloso estatal roído por sus propias entrañas?

La Reina, diciembre 15 de 2009.